

dre M^a Angélica Álvarez Izaca. Junto a su quehacer teológico, es un buen conocedor de la historia y del presente de la nación mexicana, por los espacios de tiempo que allí ha vivido. Fruto de la vivencia y del estudio es el trabajo presentado ahora.

El autor ofrece una determinada investigación, con la convicción de que no está completada ni acabada, confiando en que otros se animen a perfilar los aspectos que quedan por investigar. En las páginas de este libro sobresalen dos personajes, grandes dominicos: Fray Domingo de Betanzos y Fray Bartolomé de Las Casas. Por caminos y métodos diversos, los dos lucharon por implantar la fe cristiana y defender la dignidad del hombre en tierras mexicanas. Hay que reconocer que algunas de las cuestiones planteadas son ciertamente polémicas, y que no acaba la polémica con esta publicación, pero toda investigación proyecta algo de luz para esclarecer la verdad.

Verdaderamente el visitante de Oaxaca y Chiapas queda sorprendido al contemplar los templos y monasterios de Dominicos, que hablan elocuentemente todavía hoy del esfuerzo y compromiso de la Orden de los frailes Predicadores en la primera Evangelización de la República Mexicana. En las páginas de este trabajo se manifiesta la admiración por tales inicios y por la importancia del Convento de San Esteban de Salamanca en la implantación de la fe.

La obra del P. Fernández mira a los dominicos en España y sobre todo en América. Por eso no es extraño que comience su libro con un capítulo dedicado al Convento de San Esteban en el momento del descubrimiento de América, pero teniendo en cuenta la situación de los dominicos de Castilla a principios del siglo XVI. Sin ese estudio no se entendería la presencia inmediata de los dominicos en las tierras recién descubiertas. Pero el eje de la obra lo constituyen los capítulos dedicados a los dominicos en Méxi-

co, sobre todo la Provincia de Santiago en Nueva España y la personalidad de Fray Domingo de Betanzos.

El autor maneja bibliografía de primera mano, tanto editada como de archivo, lo cual hace más valiosa su contribución a la historia, y este trabajo constituye una buena obra de consulta sobre los tres puntos principales tratados: la preparación para la misión de los dominicos en América y la historia de su primera evangelización con sus hechos y consecuencias; la actuación de los dominicos en México o Nueva España, con los problemas iniciales y la obra que han dejado en aquella tierra; la figura singularísima de Domingo de Betanzos, fundador de la Provincia de Santiago de Nueva España.

P. Tineo

Jorge Juan FERNÁNDEZ SANGRADOR, *Los orígenes de la comunidad cristiana de Alejandría*, Universidad Pontificia de Salamanca («Plenitudo temporis», 1), Salamanca 1994, 233 pp.

Este volumen, con el que se inicia la colección «Plenitudo temporis. Estudios sobre los orígenes y la antigüedad cristiana», dirigida por el Prof. Ramón Trevijano, contiene una interesante investigación acerca de uno de los temas más difíciles del cristianismo primitivo: los comienzos de la Iglesia en Alejandría, la segunda ciudad del Imperio Romano después de Roma en importancia económica y cultural. El problema radica en la casi total ausencia de fuentes que informen del desarrollo del cristianismo en una población a la que debió de llegar la predicación evangélica en una fecha temprana. Es llamativo el hecho de que no se conserven testimonios diáfanos del primer anuncio del evangelio en esta ciudad ni de su desarrollo en los siglos I y II, tanto más cuanto la iglesia de Alejandría alcanzó un elevado nivel teológico y un des-

tacado papel en la historia a partir de finales del siglo II, con figuras como el teólogo Clemente y como Demetrio, el primer obispo alejandrino de quien se conoce el nombre. La vitalidad de esta iglesia a partir del siglo III tiene que ser el resultado de acciones emprendidas anteriormente. El presente estudio se propone, pues, ordenar aquellos documentos antiguos y monografías o artículos recientes en los que se recojan datos o propuestas relativas al origen del cristianismo en Alejandría, para, en la medida de lo posible, conocer y describir la primera acción evangelizadora llevada a cabo en la ciudad, así como su posterior desarrollo.

En el capítulo I aparecen una serie de textos antiguos que constituyen las fuentes principales de esta indagación. Son sorprendentemente escasos: algunos pasajes de los *Hechos de los Apóstoles*, las cartas de dos emperadores romanos, Claudio y Adriano, y las referencias a unos cristianos alejandrinos en las obras de dos autores eclesiásticos del siglo II, Justino e Ireneo. En el capítulo II se recogen aquellas informaciones que se hallan en las *Homilías pseudoclementinas* y en las tres obras del historiador Eusebio de Cesarea: *Crónica*, *Historia eclesiástica* y *Teofanía*. Eusebio de Cesarea fue el primero que, en su obra histórico-literaria, trató la cuestión del origen de la comunidad cristiana de Alejandría. Las reticencias que los investigadores modernos adoptan frente a ellas se explican si se tiene en cuenta que su autor vivió en el siglo IV y que es, por tanto, muy posterior a los acontecimientos que refiere, por lo que conviene adoptar ciertas precauciones.

En el capítulo III se ofrece un catálogo de aquellas obras antiguas en las que aparecen diferentes tipos de noticias relativas a la iglesia alejandrina. Algunas son particularmente importantes; otras, no tanto. Son interesantes, por ejemplo, el *Acta del martirio de san Pedro de Alejandría*, el *Chronicon Paschale*, los *Anales* de Eutiquio, la *Historia de la Iglesia* de

Nicéforo Calixto y las tres obras, en cierta manera interdependientes, el *Martirio de san Marcos, apóstol y evangelista*, la *Historia de los patriarcas de la iglesia copta de Alejandría* y el *Synaxario alejandrino*.

En el capítulo IV se presentan aquellas obras y comentarios de la investigación reciente que parecen más interesantes. Los diferentes tipos de aportaciones se dividen en cuatro apartados, según se hayan ocupado los distintos autores de la historia de la iglesia copta, de la célebre escuela de Alejandría o del ambiente histórico, social y literario de la ciudad. El cuarto apartado está dedicado íntegramente a W. Bauer (*Rechtgläubigkeit und Ketzerei im ältesten Christentum*, Georg Srecker Verlag [Beiträge zur historischen Theologie 10], Tübingen 1964), cuyas conclusiones acerca del carácter heterodoxo del cristianismo alejandrino se han divulgado enormemente entre los especialistas de la historia de la Iglesia.

Se recogen en el capítulo V las opiniones de aquellos autores modernos que han aportado nuevos enfoques o ideas sobre la cuestión y se exponen los datos con que, gracias a la papirología, se han enriquecido los estudios sobre la iglesia de Egipto, así como los nuevos planteamientos que, a propósito de las raíces del cristianismo egipcio, se han propuesto en los últimos años. En el capítulo VI se recurre a la topografía, la geografía y la arqueología para extraer algunas conclusiones referentes a los lugares en los que han pervivido recuerdos cristianos. Así, por ejemplo, se ve que en los textos cristianos se menciona un paraje en el que habría germinado el cristianismo, *ta Boukolou*, siendo *boukolou* el genitivo de *boukolos*, «boyero, hombre que cuida bueyes». Hilvanando las noticias dispersas por un sitio y por otro, ha sido posible ubicarlo en el plano de Alejandría descrito por Estrabón, dentro del barrio de Rhakotis en la parte occidental de la ciudad.

En el capítulo VII se estudian los vínculos sociales y políticos que, durante siglos,

unieron a Cirenaica y Alejandría; y es que adentrarse en la historia de una de estas regiones conduce inexorablemente al estudio de la historia de la otra. Los capítulos VIII y IX tratan los testimonios literarios aportados por obras anónimas, atribuidas a círculos cristianos de Alejandría, cuya autenticidad alejandrina se ha puesto en duda alguna vez, como es el caso de la *Epístola de Bernabé*. Se concluye, en el capítulo X, con la exposición de los resultados obtenidos; se atiende especialmente a quiénes fueron los primeros misioneros cristianos y cuáles las características más notables de la primitiva iglesia de Alejandría.

De entre las conclusiones de esta investigación destaca que el evangelio debió de llegar a Alejandría, fuera quien fuera el misionero, de mano de un cristiano helenista procedente de la región de Antioquía. Fernández Sangrador no excluye la hipótesis de que ese misionero fuera Marcos o Bernabé o alguien allegado a ellos. El primer núcleo cristiano de Alejandría tuvo su origen en la parte occidental de la ciudad, donde también se situaba el templo de Serapis, y, además de este culto, estaba muy generalizado el de Isis. Dado el carácter cósmopolita de esta ciudad, Fernández Sangrador postula que el cristianismo alejandrino, ya desde sus orígenes, tuvo en cuenta otras formas religiosas que se hallaban presentes en la ciudad, a cuya sombra o en cuyas inmediaciones levantó sus primeros lugares de reunión o culto. Se trataba, sobre todo, del Serapeum, donde el servicio religioso a Serapis y a Isis debió de influir notablemente en el alumbramiento de algunas ideas o concepciones religiosas que, localizadas puntualmente en esta ciudad, han legado a la posteridad una imagen muy peculiar de dicha iglesia, y que justifica el hecho de que la crítica moderna la haya considerado herética. Pero, por otra parte, también por influjo de corrientes filosóficas vigentes en ese tiem-

po allí, el cristianismo de Alejandría nació con una verdadera preocupación por llevar a cabo, en un proyecto vital, los principios teóricos que se enseñaban en las escuelas alejandrinas, configurando, así, lo que Fernández Sangrador llama un «cristianismo sapiencial».

Por consiguiente, el trabajo de Fernández Sangrador, aunque no se contrapone a la tesis de Bauer, según el cual el cristianismo alejandrino muy pronto derivó a posiciones gnósticas, sin embargo, amplía la perspectiva de Bauer por cuanto insiste en el carácter sapiencial —y no el herético— como el rasgo esencial que lo define. Se trata, pues, de una importante aportación que, aun moviéndose dentro de unos márgenes necesariamente hipotéticos, lleva consigo un inteligente y minucioso análisis de las pocas fuentes disponibles.

A. Viciano

Jacques FONTAINE (dir.), *L'Europe héritière de l'Espagne wisigothique*, Rencontres de la Casa de Velázquez («Collection de la Casa de Velázquez», 35), Madrid 1992, 446 pp.

Los días 14-16 de mayo de 1990 tuvo lugar en los locales de la Fundación Singer Polignac de París un coloquio internacional sobre «Europa heredera de la España visigótica». Las actas de esta reunión internacional constituyen el argumento del presente libro. El alma de este simposio científico fue el Prof. Jacques Fontaine, que contó con la colaboración de la Prof. Christine Pellistrandi y con un selecto grupo de participantes.

Destaca el Prof. Fontaine en la presentación de las actas el papel mediador de España con respecto a la formación de la cultura europea, especialmente a partir del momento en que la capitalidad del Reino visigodo se establece en Toledo. En este senti-